

EL ENTREACTO.

PERIÓDICO DE TEATROS,
LITERATURA Y ARTES.

Sale *jueves y domingos*. Los suscritores reciben *gratis* todos los meses, un drama nuevo y una hermosa estampa; y tienen entrada en un gabinete particular de lectura, establecido en el despacho del periódico, calle de Preciados, número 19.

Se suscribe á 8 rs. mensuales, 20 por trimestre y 28 para las provincias franco de porte.

Puntos de suscripción. En el despacho del periódico, librería de su editor D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8.

DRAMAS

EN VARIEDAD DE METROS.

(Conclusión del artículo anterior.)

La uniformidad de metro, para ser justa, debía suponer constantemente identidad en los sentimientos, pasiones, caracteres y situaciones; pero no pudiendo realizarse esta última, tampoco parece que debe tener lugar aquella. Horacio dijo que la comedia alza su estilo de vez en cuando, y que la tragedia se vé precisada en muchas ocasiones á espresar sus cuitas en tono y lenguaje vulgar, humilde, ó sea *pedestre*, según la expresión latina. ¿Por qué pues, reconociéndose como una necesidad efectiva la variación de tono y estilo según las situaciones, no ha de reconocerse como legítima la variación de metro? ¿Por qué no se ha de poder elegir en tales casos una versificación análoga á los nuevos sentimientos que se espresan? La ópera ó espectáculo lírico tiene sus recitados, sus arias, sus lentos y demas movimientos análogos á la pasión y á las situaciones: ¿por qué no los ha de tener la poesía dramática á su modo? No todo en la tragedia es llorar, ni todo en la comedia reír: momentos hay en esta de sentimiento y pasión, y momentos en aquella de calma, de esperanza, y aun de placer y regocijo. Si el estilo pues, varía á proporción de los sentimientos, ¿qué inconveniente puede haber en que la versificación varíe también á proporción del estilo? Yo creo que estas reflexiones deben tener algun valor aun á los ojos de los mas rígidos preceptistas, y que con tal que la variación de metro se prepare y motive debidamente, eligiendo por supuesto la versificación mas análoga á las pasiones y á la situación, no se la debe recusar: y esto en la comedia y tragedia rigurosamente clásicas.

Si nos referimos al drama moderno, veremos que sus elementos constitutivos, dejando aparte los borrones que por otra parte le afrentan, son el movimiento, la animación, los contrastes, la variedad. Sus personajes pertenecen á todas las categorías; y si bien es reprehensible que el poeta los mezcle sin tino ni discreción por solo el prurito de presentarlos en contraste, no por eso diremos que haya ninguna ley divina ni humana que le fuerce á adoptar la uniformidad de condiciones ó clases exigida por los excesivamente rigoristas. En esta parte nuestros poetas piensan lo mismo que pensaron Lope, Calderon, Tirso y Moreto, y el drama moderno tiene bajo este aspecto infinitos puntos de contacto con el antiguo. Si pues la escuela clásica adoptó la uniformidad métrica como mas análoga á la identidad de condicion de sus personajes, los modernos obran tambien consecuentes consigo mismos adoptando la variedad como mas en armonía con la índole del drama. Lo mismo decimos de nuestros dramáticos antiguos.

A estas razones se agrega otra, nacida de la monotonía y pesadez que resulta de una uniformidad cualquiera inexorablemente observada. ¿No es cosa terrible tanto para el público como para el poeta estar oyendo y entonando siempre una misma canción? Aun por eso no han faltado clásicos menos rígidos que han permitido al poeta la variación del asonante no solo en cada acto, sino tambien en cada escena, concesion la mas justa y razonable y que con mucho placer hemos visto poner en práctica á alguno de

nuestros mas distinguidos literatos, nada sospechoso por cierto en lo tocante á la exacta y puntual observancia de las reglas clásicas. La comun opinion de los reglistas está sin embargo por la proscripción del consonante ó poesía rítmica en el teatro, y por lo mismo la variedad que algunos de ellos permiten por lo que respeta á solo el asonante, nos parece una concesion demasiado mezquina. ¿Qué razon puede haber para tachar de poco naturales en boca de los actores la redondilla, la quintilla, la décima, la octava, la silva y las demas combinaciones métricas fundadas en la consonancia? Igualmente es preternatural é impropio que los personajes se expliquen en romance octosílabo ú heroico asonantado, porque al cabo hablan en verso, y en todo rigor solo es natural la prosa. Se dirá que la poesía asonantada es la que menos dista del lenguaje vulgar, y por consiguiente la que mas se acerca á la naturaleza; pero al cabo no es la naturaleza misma, y no siéndolo, debería proscribirse tambien toda clase de versificación asonantada ó sin asonantar. A tales estrechos conduce el rigorismo llevado al extremo. De la ópera se dijo un tiempo lo mismo que del consonante: ¿cuántos epigramas y sátiras no se desencadenaron contra la expresión de los afectos y pasiones por medio del canto? Y todas las invectivas se fundaban en ser inverosímil, impropio y contrario á la naturaleza, que un reo v. gr. se encamine al suplicio cantando, &c. Uno de los epigramas, que he visto traducido, decía así.

*Necedad que adornan tanto
Canto y música deidad,
Es muy bella por lo tanto,
Pero al fin es necedad.*

Y sin embargo el corazón aprueba la ópera, y el buen gusto está de su parte. Lo mismo decimos de la poesía rítmica, de la cual acaso podríamos probar que es tanto ó mas natural que la métrica de los antiguos, sino temiésemos dilatar demasiado este artículo, y si por otra parte no fuese harto corto el número de los filósofos austeros que declaman contra la rima.

Desengañémonos: en materia de versificación solo es preternatural é impropio el artificio, la esclavitud, la falta de espontaneidad, el rípió y la poca ó ninguna facilidad del poeta en vencer los obstáculos que la rima le ofrece. Si la consonancia pues, está libre de todos estos defectos, no veo por qué razon se haya de proscribir en el teatro.

Yo bien sé que la variedad de metros nos puede conducir á otro inconveniente no menos repugnante que la monotonía, cual es el embrollo y la confusión; pero yo no apadrino los extremos, defendiendo solamente lo que creo razonable. Cambiar de versificación á cada paso sin otra razon que la de cansarse el poeta del metro que primero adoptó, es verdaderamente una necedad, y necedad es tambien echar mano de toda clase de metros indistintamente, sin consultar su analogía con los sentimientos, situaciones y caracteres de los personajes. En cuanto á la variedad de metros que últimamente se ha introducido en la poesía lírica, la cuestion es mas delicada y tal vez la examinaremos en artículo separado. Por lo que respeta al teatro concluyo diciendo, que ya por evitar la monotonía que resulta de una sola especie de versificación, ya por aprovechar la gala y gentileza de los varios metros que tenemos, y tanto por estar fundada en la diversidad de sentimientos que tienen lugar en la escena como por la

analogía que tienen con la índole del drama moderno, me decido por la variedad de metros en el teatro, siempre que sea oportuna y suficientemente motivada.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

TEATROS DE MADRID.

Consagrado nuestro periódico principalmente á tratar del arte dramático en sus diferentes ramos, es un deber imprescindible para sus redactores el de ocuparse en el examen del estado actual de los teatros de la corte, y sin duda por consideraciones bien obvias no lo han hecho hasta el día mis compañeros, como yo tampoco. Sin embargo, el año cómico se aproxima á su fin sin que haya llegado á nuestra noticia que para el próximo se preparen las necesarias mejoras, si es que no se quiere que desaparezca de la capital de la monarquía española el teatro, barómetro de la civilización, y en mi concepto agente eficazísimo de sus progresos. No es por consiguiente posible que prolonguemos por mas tiempo un silencio, que sería hasta criminal en quien voluntariamente se ha constituido defensor de un ramo importante de la literatura, de aquel en que precisamente han conquistado mayores lauros los ingenios de nuestra patria; ni sería decoroso que escribiendo dos veces á la semana para el público en este periódico, se empleara siempre en artículos de pasatiempo la pluma de un hombre, que aunque no buenos, ha compuesto dramas, y á riesgo de procurarse enemigos literarios, ha sostenido segun su leal saber y entender los intereses del arte y de la sociedad en el tiempo que tuvo la no merecida honra de pertenecer con varios y muy distinguidos literatos á la junta de lectura de los teatros de Madrid.

Esta última circunstancia me sirve tal vez de traba en esta ocasion, por cuanto me ha puesto en contacto y relaciones con todas ó la mayor parte de las personas interesadas en el asunto: mas con todo eso, él es á mi juicio tan importante que merece que se le trate á pesar de las dificultades que presenta, y por otra parte desde luego protesto que de ninguna manera quiero traer la cuestion al odioso terreno de las personalidades.

En el teatro hay dos cosas que considerar, la especulación mercantil, y las ventajas del arte combinadas con el efecto moral de sus producciones. Los empresarios no pueden menos de dar la preferencia á la especulación: á la sociedad toca cuidar de lo que concierne á la civilización y á la moral. En vano sería clamar aquí por que otra cosa sucediese: los hombres son defectuosos: interesados &c.; y es preciso tomarlos así, por que empeñarse en convertirlos en santos sería funesta locura.

En las naciones ricas, como la Francia por ejemplo, conociendo que siempre que la especulación mercantil y los intereses morales andan juntos, éstos han de ser los sacrificados, el gobierno concede subsidios á aquellos de los teatros destinados á conservar y fomentar la literatura nacional, ó tal vez los espectáculos de puro lujo. Los teatros de París, llamados Franceses, y de la Grande Opera se hallan en ese caso: tal vez haya algun otro que lo esté tambien, mas ahora no lo recuerdo. De esa manera cuando el gusto del público se estravia por efecto de alguna circunstancia fortuita, los buenos dramas tienen sin embargo un asilo seguro, allí se conserva el fuego sacro, allí se vuelve á encender, y allí triunfan en fin el ingenio y el talento, del aura pasagera que la veleidad del gusto concede á géneros cuya existencia es de necesidad efímera.

Entre tanto el espíritu mercantil se ejerce á sus anchas en otro sinnúmero de teatros: los autores se distribuyen segun su mérito é inclinaciones: el público tiene á la vista lo bueno y lo malo; y en fin no es dado á la ignorancia arrojar de los espectáculos públicos á la parte culta de la sociedad francesa.

Tenemos la desgracia los españoles de haber empohecido: ni el gobierno puede dar subsidios á los teatros, ni éstos á penas sostenerse con ser dos únicos en Madrid, pues si bien existe algun otro grande como una cáscara de nuez, todavia no puede tomarse en cuenta.

Semejante posicion es embarazosa; quien quiera que tome la empresa, ha de pensar no en ganar, sino en no

perder, ó mejor dicho en perder lo menos posible porque la pérdida es evidentemente segura.

Los teatros son pequeños: los precios de los asientos aunque absolutamente hablando no sean crecidos, relativamente al estado calamitoso de las fortunas lo son y mucho; por manera que diariamente pueden concurrir á ellos muy pocas personas, y en un día en que por la festividad, ó por circunstancia, se deciden muchos á ir á ellos la mitad se quedan sin tener billete. Añádase á esto que pesan sobre los productos de las entradas una infinidad de contribuciones á favor de establecimientos de beneficencia, sin contar con los sueldos para jubilados y viudas, y se tendrá poco menos que matemáticamente demostrado que el empresario ha de perder constantemente.

Tal ha sido hasta hoy la suerte de todos ellos y singularmente la del último. Por eso al comenzar esta temporada ha sido imposible encontrar quien quiera regalarle al público de Madrid su dinero; por eso si los teatros continúan en su estado actual, no tenemos dificultad en asegurar que tampoco se encontrará quien quiera tomarlos á su cargo.

En el próximo número analizaremos la influencia de la parte mercantil en la artística.

P. de la Escosura.

Una muger como hay pocas.

Veinte años tenía yo cuando por primera vez vine á Madrid: edad de ilusiones y de placeres, de amor y de delirio, vi á Matilde y desde entonces la amé. Matilde era bella de rostro y de alma; tierno capullo apenas entreabierto, ya mostraba empero, toda la vivacidad de sus colores. Matilde poseía la hermosura de la naturaleza y la de los diez y seis años; ademas, hallábase por su humilde condicion desviada de una fuente aciaga de corrupcion, la sociedad: llevaba sin embargo en sí un germen de infortunio, su inocencia.

La ví y la amé; yo fui el primero que hizo conmovérse su seno y temblar su mano al deslizar por sus castos oídos palabras de arrebatada pasion: yo fui el primero que la hizo comprender que en el mundo hay algo mas que el cariño materno que nace en la cuna; que existe otro amor mas vehemente que suele no apagarse hasta la tumba. Matilde creyó mis palabras, porque mis palabras eran entonces sinceras; porque á los veinte años se aprende á engañar, pero no se engaña. La inocencia misma tiene cierto fondo de perspicacia que le hace huir por instinto de los juramentos hipócritas; de las palabras falsas. Ella conoció que yo no la mentía y me amó... si un seductor de oficio hubiese solicitado su cariño, ella le hubiera rechazado con horror.

Matilde era pobre: su padre, simple soldado, había muerto en Bailen lleno de gloriosas cicatrices; por eso su hija yacía en la miseria y en el abandono; por eso sus dias se consagraban á cuidar á su infeliz madre anciana y moribunda; por eso en la noche velaba el sueño de ella y trabajaba al mismo tiempo para ganar el sustento de entrambas.—Triste condicion de la virtud y del valor!... Vivir en la miseria y legar ésta al morir á su infeliz hija y á su desolada esposa!... Para la virtud es la gerga y el paño burdo; el asqueroso vicio suele encubrirse con terciopelos y brocados!...

La madre de Matilde tenía 60 años: á esta edad se adivina y se presagia: la esperiencia suple al arte: es una segunda vista que no miente nunca ni engaña. La pobre anciana conoció que mi pasion duraría lo que mi inocencia y mi buena fé, y me prohibió volver á su casa.—Ah!... Cuán caro debía costarle á su pobre hija!... El amor me hizo elocuente y me inspiró todo su egoismo: yo juré á Matilde que no podía vivir sin ella, que me mataría si me abandonaba: ¡pobre niña!... Obligada á elegir entre dos sentencias de muerte, firmó la de aquella persona á quien debía mas y amaba menos.... Matilde huyó por mi del hogar materno.... á los tres dias espiraba su madre sin poderla bendecir, pero adorándola!...

Partimos á Andalucía; yo sequé allí sus lágrimas con el fuego de mis besos; con el ardor de mi cariño. Yo acallé sus remordimientos con sofisticas reflexiones, con pinturas rosadas y vanas. Juréla un eterno amor.... juréla

ser suyo siempre.... Y ella, pobre niña, embriagada de felicidad y de delirio, paseábase confiada por el borde de aquel inmenso precipicio, en cuyo fondo se divisaba ya la tumba solitaria de su madre.

Un año pasamos en aquel país donde todo parece dispuesto para prolongar y alargar las ilusiones: un año que debía mudar completamente mis pensamientos y esperanzas. Un día el demonio de la ambición murmuró en mis oídos escépticas máximas, infundiéndome nuevas ideas que hasta entonces yo solo había visto en otros reflejadas... Soné un mundo brillante que no conocía; quise ver ese estruendoso festín de los vicios que llaman la sociedad, y desdeñé la dicha pura, modesta, de ser amado en ignorado retiro. Aquel mismo día me dijo Matilde que se hallaba en cinta.... Aquel mismo día di el primer paso en la resbaladiza senda del mal. El mismo impulso que sirvió para encender el fuego en el inocente pecho de la infeliz, quise emplear para apagarlo: las mismas palabras que usé para deslumbrar su vista con la fantástica nube de la ilusión, quise usar para desvanecerla, Necio!... Mis palabras hirieron, pero no curaron; rompieron el velo de la realidad sin disimular su horrible aspecto.—Matilde no lloró; solo me dijo que yo la había perdido para siempre, pero que sin embargo a nadie amaría sino a mí. Yo me sonreí y me despedí de ella diciéndola como Alfredo á Ernestina en la *Angela de Dumas*: «Antes de un año os he de ver en medio del mundo con flores en la cabeza y perlas al cuello.» Y salí después de haber pronunciado enfáticamente tan absurdas palabras.

Ha dicho Byron que hay un día en la existencia que sirve de barrera entre la vida del niño y la del hombre; aquel en que me separé de Matilde lo fue en la mía. Ahogaba yo á las veces algún remordimiento importuno con frias y ateadas máximas: decíame á mi mismo que Matilde debía agradecerme el haberla proporcionado una posición que ella en su inocencia no habría nunca adivinado; que siendo como era hermosa no dejaría de encontrar quien la amase, mientras que al lado de su madre se hubiera consumido bella rosa oculta é ignorada. Oh!.. La lógica del vicio es tan astuta como malvada!..

Tres años pasaron para mí en el torbellino del mundo y de las pasiones, y en ellos sin embargo no vi aparecer á Matilde como esperaba. Joven, brillante y adulado, seguía la senda que todos recorren; después de haber sido engañado, engañaba; tomaba el amor por pasatiempo cuando no podía servir á mi ambición; cuando podía ser útil á ésta, hacia de él la base de mi sistema. Y así llevado por las olas de la fortuna y de la intriga, cada día miraba acrecerse mi fama y preparármeme un porvenir sino feliz, colmado al menos de todos los goces mundanos.

Pensé entonces en casarme; era menester según mis máximas, que mi mujer me sirviese de apoyo para subir un escalón mas en la sociedad. Busqué pues á la que debía ser mi compañera de toda la vida, adornada de joyas y de diamantes; quise que fuese hermosa para no aborrecerla; quise que fuese rica para que comprase con oro la escasa parte que de mi libertad la vendía; quise por último que fuera buena ó mala, esto me era indiferente, con tal de que tuviese títulos y libreas.... Y yo encontré por fin á la mujer que buscaba; díjela que la amaba; ella aparentó creerlo... aquel día firmamos nuestro inmoral pacto; yo iba á dárle libertad, y en cambio recibiría de ella oro, títulos y honores.

Estaba señalado el día de nuestra unión, cuando salíamos cierta noche á deshora de una tertulia de gran tono; dormitaba yo en el coche al lado de la que adoraba, cuando un estremecimiento súbito me hizo abrir los ojos... se había roto una rueda del coche. Fue menester apearnos y someternos con mucho disgusto de mi Adela, á ir á pie hasta su casa: dábala yo el brazo en el que ella se apoyaba ineluctablemente, cuando atraída por el ruido que hizo el carruaje al torcerse, se adelantó hacia nosotros una mujer con un niño en los brazos, miserables los dos, andrajosos y sollozando. La luz moribunda de un farol envió un tibio destello sobre el semblante pálido de la pordiosera. No sé lo que sentí al verla: tuve que apoyarme en Adela para no caerme. Aquella mujer desfallecida y atroz que pedía limosna de noche por las calles solitarias de Madrid, era Matilde, con el fruto de nuestro amor en los brazos! ¡Oh!.. No, no: el vicio no había hollado su angelical semblante, porque los surcos que en él se distinguían eran los del dolor, no los de la infamia. Halléme confundido entre aquellas dos mujeres á quienes igualmente había engañado, coronadas ambas, la una de

flores y de perlas, la otra, con la celeste aureola de su pureza. Si Matilde no hubiera sido virtuosa, no se viera hermosa y joven como era, implorando la misericordia de los hombres, llena de miseria y abandonada. Ella no me conoció y redobló sus plegarias, á las que Adela contestaba con desabrido tono y amargos sarcasmos. Lloraba tanto la infeliz madre, que por fin hubo de apiadarse la dama del gran mundo; entregóme su bolsa mandándome que la diese todo el dinero que contenía. Cuando después de haber acompañado á Adela hasta su casa volví á salir á la calle, todavía estaba allí Matilde bendiciendo á su protectora y contando el dinero que había en el bolsillo. Levantose para darme gracias, pero apenas fijó en mí la vista, cuando dando un grito cayó desmayada.

Dos horas después estaba Matilde descansando en el limpio lecho de una casa adonde yo la había llevado; su hijo sonreía en sueños; y yo registraba absorto en mis meditaciones la bolsa que me dió Adela y que en mi emoción había olvidado devolverla. Una vez tocaron mis crispados dedos un papel: maquinalmente lo abrí y desdoblé; decía así: «No te aflijas por mi boda, Carlos mío; ella asegura nuestra felicidad. Bien sabes que mi familia no hubiera permitido nunca que tú, pobre y desvalido, te enlazases con la poderosa Vizcondesa del Rosal: Eugenio se casa conmigo por especulación, y nos dejará amarnos con toda libertad. Tuya siempre = Adela.» Bendije enagenado este billete; al día siguiente se lo envié abierto á su autora, incluso en otro mío renunciando á su mano.

Un mes después reconocí á mi hijo, me casé con Matilde, y partimos los tres para Italia. La sociedad criticó acervadamente mi conducta; las personas justas y sensatas admiraron á la mujer que había preferido la virtud y la miseria á las riquezas y á la infamia.

R. DE NAVARRETE.

UN SUSTO.

Juguéla infernal ficción;
di un salto, y la hice la cruz;
y apagando ella su luz,
desapareció la vision.

IGLESIAS.

Las seis y media de la tarde serian antes de anoche (y no hay que argüir de contradicción, porque nadie sabe si es tarde ó noche á esa hora en este tiempo) cuando se abrió repentinamente la puerta del cuarto en donde suelo yo escribir estos articulejos que publica el *Entreacto*, y alzando al rumor los ojos, vi flotar y plegarse unos ropajes negros, con ciertos espacios blancos, por debajo de los cuales aparecía la descarnada y seca fisonomía de un ente animado, que se conocía haber sido mujer hace algunos años, y haber venido con el trascurso del tiempo á transformarse en vieja. Advierto aquí porque conviene, antes de pasar adelante, que no solamente no me parecen vieja y mujer una cosa misma, sino que las tengo por enteramente diversas, y justamente distinguidas con nombres diferentes, á la *señora mayor*, á la *anciana* y á la *vieja*: aprecio á la primera, respeto á la segunda, y me horripilo solo de pensar en la tercera. Bien dice el festivo Lope en uno de sus dialogos:

—Anoche á Rosela ví.
Mas cansame, vive Dios,
El verla entre tantas viejas
De mis agujeros cornejas.

—¿Muchas os parecen dos?

—Cuando Dios las repartiera
Entre la tierra y el mar,
Habria para causar
Otros mil mundos que hubiera.

Quevedo, el gran Quevedo, el poeta filósofo y no es-
travagante juglar como muchos piensan; hombre esperi-
mentado en el mundo; perito en la carne, y que sabía
punto mas que el diablo, también estaba á matar siempre
con las viejas; tanto que felicita á Adán por haber sin
ellas gozado del mundo. Sea ó no en mi apoyo la autori-

dad de los dos citados personajes, yo por mí solo sin necesidad de López ni Quevedos, he criado especial aversión desde pequerito á esas crisalidas en que vienen á convertirse las lindas mariposas de quince á veinte años; todo al revés de lo que con los verdaderos insectos sucede.

Ya sentados frente á frente y mano á mano el vestiglo y yo, y apuradas las preguntas de estilo, hizome otra acerca de si la compañía dramática del Liceo necesitaba alguna dama. Si por cierto, respondí: la sección se alegraría mucho de que una ó mas señoras aficionadas la honrase, inscribiéndose en ella como actrices. — Pues yo sé de una, repuso la momia, que no tendría dificultad en hacerlo; y por eso quisiera que me informase V. de las circunstancias que se requieren. — De damas jóvenes, dije yo, andamos muy escasos... — Pues precisamente para esa clase de papeles, interrumpió la ruina con faldas, es para los que yo puedo proporcionar una que ha trabajado mucho en ellos en teatros caseros. — Entonces, si esa señora es joven... — No es muy vieja, contestó apresuradamente. — Si tiene una regular figura... — Y buen cuerpo, dijo contoneándose en la silla. — Si su voz es robusta y grata... — Nunca á padecido del pecho, respondió luego que se lo hubo permitido cierta tosecilla seca. — Si pronuncia y recita bien... — Oh! eso perfectamente; y articuló este *perfectamente* aquel monumento arqueológico, con entonación tan enfática y ridícula que á no estorbármelo el asco, hubiera soltado la carcajada. — Además, añadí, conviene que esa señorita que quiere honrar al Liceo tenga una regular instruccion, que es la base del arte de declamar, pues sin ella toda la enseñanza que se dé á una persona, todas las advertencias, todos los consejos, todos los ensayos, no harán otra cosa que formar un actor amanerado, caricato, é insoportable. — En eso de instruccion, caballero mío, me respondió frunciendo labios y cejas la siglo y medio, nada habrá que pedirle á la que yo propongo á V. porque particularmente comedias, novelas y cosa así, pocas hay que ella no haya leído: basta decir á V. que está suscrita al *Panorama*. — Doy por supuesto tambien, la dije yo, que habrá formado su proyecto con el beneplácito de su mamá. — No la tiene. — O de su papá. — Tampoco. — Con que es huérfana la pobrecita? — Si señor, hace 27 años. — ¡Señora! exclamé ya todo confuso y amedrantado ¿se servirá V. decirme quién es esa persona que intenta favorecer al Liceo, esa muchacha de buena figura que ha de alistarse en la sección dramática para papeles de dama joven, esa actriz ejercitada, es aficionada de voz agradable y eufónica, y pronunciación clara, de acento encantador?... ¿Quién es? ¿quién es? que ya estoy impaciente... — Una servidora de V. — ¡Uf!!!

El movimiento convulsivo que hice al dar este grito derribó el quinqué de sobre la mesa: quedó la estancia en tinieblas, yo tiritando de miedo y asombro, la actriz penetrada del efecto que su proposición habia hecho... Sentí que la puerta se abría, y que por ella salía el espectro... toqué la campanilla, vino el criado; acostéme, y tomé calaguala. Gracias á Dios ya estoy algo restablecido.

EL ESTUDIANTE.

POESIA.

Letrilla

LEIDA EN LA SESION ARTISTICA CELEBRADA EN EL LICEO LA NOCHE DEL 3 DE OCTUBRE.

Don Juan tiene una criada
Que le compra y no le sísá:

¡Ay que risa!

La otra tarde en el jardín
Y despues en el paseo
Lucía don Amadeo
Su rico camisolín:
Un muchachuelo ruin
Se lo arrancó descortés,

Y á lo que se vió despues,
Iba el pobre sin camisa.

¡Ay que risa!

Todo el mundo es sabedor
Y fija noticia tiene
De que la señora Irene
Es ya señora mayor:
Cuando algun preguntador
Le pregunta por su edad,
Responde con seriedad
Que en los veinte y cinco frisa.

¡Ay que risa!

La pobrecilla Pilar
Hace diez años cabales
Que con sudores mortales
Rabiando está por casar.
Ayer tarde le fué á hablar
Antonio de matrimonio,
Y ella mirando al Antonio
Se le mostraba indecisa.

¡Ay que risa!

El vicio que veis allí
Tan enamorado es
Que está enamorando á tres,
Y es muy querido otrosí.
Un día su lista vi,
O sea cuenta y razon,
Y comenzaba «un doblon
Por dar un beso á Narcisa.»

¡Ay que risa!

El otro joven que allá
Con Juanilla está jugando,
Vá á verla de vez en cuando,
Y mas que á verla quiza.
El mancebo, claro está,
La tiene un amor horrendo,
Y su madre está creyendo
Que há de oírle cantar misa.

¡Ay que risa!

Al habieca don Julian
Cualquiera le hará creer
Que no engaña el mercader,
Que no hay ministro patán.
Una noche en el zaguan
Vió un rubio con una rubia,
Y creyó que por la lluvia
Se entraron allí de prisa.

¡Ay que risa!

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

VARIETADES.

TEATRO DE RONDA. Nuestro corresponsal de aquella ciudad con fecha 11 del actual nos dice: que el día del cumpleaños de S. M. se ejecutó una función patriótica que dejó completamente complacidos á los espectadores; y que se estaban disponiendo para ejecutarse sucesivamente las siguientes producciones; *Antiocho*, tragedia en cinco actos de don Manuel Buelo y Ortiz, y *García VI*, Rey de Navarra, drama original en verso y en cinco actos, de don José Requena Ruiz Peñaranda.

ANUNCIO TEATRAL.

Don Pablo de Legorburu está formando una compañía cómica para el teatro de Victoria la que deberá empezar sus trabajos á la mayor brevedad. Los actores que en la actualidad se hallen sin ajuste y deseen tenerle, podrán dirigir sus proposiciones á dicho señor que reside en la indicada ciudad de Victoria.

EDITOR, DON IGNACIO ROIX.

IMPRENTA DEL ENTREACTO.